

Después que hubo marchado maese Jolibois, el gran fabricante se dirigió al salón á donde también acababa de bajar su hija. Laura, que había pasado gran parte de la mañana en uno de los extremos del parque, ni siquiera soñaba que el aprendiz de notario hubiese puesto los pies en la Trelade, y M. Levrault, por su parte, se guardó muy bien de decírselo. Después de andar este un corto rato dando vueltas alrededor del sillón donde estaba sentada su hija, sin dirigirla una palabra, rompió al fin el silencio diciéndola:

—En resumidas cuentas, Laura, parece que tu vizconde no debe ser gran cosa, y me asombra el que hayamos podido admitirle en nuestra intimidad.

—Vamos, padre mío, exclamó Laura; por fin y postre, ha tenido V. que adherirse á mi parecer.

—Dí mas bien que eres tú quien participa al fin de mis secretos sentimientos. Acuérdate sino de la manera que yo me expresé acerca de esa buena alhaja al día siguiente de nuestra llegada á la Trelade. A duras penas lo había visto, y ya estaba desconfiando de él; escasamente se había presentado á mi vista cuando ya me dió en las narices un cierto barrunto de que el tal Montflanquin era un pobre diablo.

—No lo he olvidado, padre mío; pero también recuerdo que el vizconde no tuvo que hacer mas que presentarse para merecer que V. le honrara con sus simpatías.

—¡Mis simpatías! exclamó el fabricante; ¿será preciso que te meta en la cabeza á martillazos que el badulaque de tu Gaspar no las ha merecido nunca? Todo me chocaba en él: su figura, su voz y hasta su manera de presentarse. Sus Baudouin y sus Lusignan no lograron fascinarme ni por un momento, así como tampoco su león atigrado en campo de gules. Sus atenciones continuas y su oficiosidad no me engañaron ni un solo instante; así es que yo decía para mi colete: este truhan ya sabe donde le aprieta el zapato.

—Y sin embargo, repuso Laura reprimiendo á

duras penas la risa, V. lo recibia, y lo festejaba, y hasta llegó á jurar que seria su yerno.

—¡Pardiez! ¿qué querias que hiciera? ¿No estaba yo viendo por ventura que era de tu agrado, que le amabas, y que te habias empeñado en casarte con él á todo trance? Solamente por no contrariarte era por lo que fingia yo que me parecia bien. Esto no obstante, tampoco te negaré que jamás se me pasó por las mientes el dudar de su moralidad. Yo decia para mí: el vizconde no es en verdad ni jóven ni buen mozo; no sé qué mil diablos encontrará en él mi hija que la seduzca; pero como en resumidas cuentas esto no concernia á nadie mas que á tí, me daba por conforme, y he llevado mi complacencia hasta defenderlo contra tus propios taques; ayer, esta mañana mismo he salido á su defensa, por la razon sencilla de que estaba persuadido que obrabas impelida por tu passion y arrebatada por un despecho amoroso. Con todo, como se trataba de tu felicidad, he creido que la cesa merecia la pena de reflexionarse, y cuando yo me pongo á reflexionar, suelo hacerlo de veras. A este fin encerréme en mi cuarto, y al cabo de dos horas de recogimiento y de meditacion silenciosa, he venido en reconocer que tu vizconde no es más que un saltimbanquis y un ganapan.

—¿Apostamos algo, repuso Laura riendo á car-

cajada tendida, que me pone V. todavía en la precision de que yo le defienda?

—¿Crees, por ventura, que con eso llegarías á persuadirme de que ha rehusado los favores de la corte, y de que se lanzó al rio por salvar á la señorita de Chanteplure? ¡Bah! Si es cierto que se ha presentado en las Tullerías, el rey y la reina le habrán vuelto la espalda. Y en cuanto á la tal señorita de Chanteplure, á decir verdad, me figuro que ni ha existido siquiera. Así pues, no vuelvas á hablarme en tu vida de semejante mozo; no me vendas rompiendo los oidos con que le amas, con que le adoras, y con que no te casarás con otro más que con él. Ya es tiempo de que demos fin á esta comedia.

—Pero, padre mio.....

—Nada, nada, no quiero ni oir hablar de semejante cosa; te prohibo terminantemente que pronuncies su nombre en mi presencia. ¡Bribonazo! ¡haberse atrevido á jugar con un hombre de mi importancia! Vamos, cuando pienso que ese embaucador, que ese farsante ha osado poner sus ojos en mi hija, toda la sangre de los Levrault hierve indignada en mis venas.

—Pero, padre mio, reflexioné V. qué.....

—¡Nada de reflexiones! exclamó el fabricante. Si algun sentimiento me aflige ahora, es el que los trabajos y las ocupaciones peculiares de la indus-

tria me hayan impedido dedicarme al manejo de las armas. Por la primera vez de mi vida me quejo de la suerte que no me ha hecho de raza militar: nosotros los fabricantes somos los mariscales de la paz. ¡Ah! Si Timoleon viviese, mataría dos pájaros de un tiro, vengando al propio tiempo á su hermana y á su padre ultrajados. Pero esto no obstante, ¡que venga el tal Gasparito á afrontar, si se atreve, mi indignacion! Yo le pondré las peras á cuarto, y despues de quitarle la máscara, se la arrojaré al rostro. Todavía no sabe nadie lo que es un Levrault cuando llega á montar en cólera.

—¡Ahí está el vizconde! exclamó Laura, que al levantar los visillos de la ventana, acababa de ver al bueno de Gaspar á través de los barrotes de la verja.

—¡Bah! ¡Es imposible! exclamó M. Levrault.

—¡Le digo á V. que es él! mire V., mire V. ¿no lo vé V. allá abajo? preguntó Laura entreabriendo la cortinilla.

—En efecto, allí viene, dijo M. Levrault; ¡qué feo es, parece una momia! ¡Vamos, por más que me doy de calabazas, no atino como hay quien lo encuentre buen mozo! Hazme el favor, Laura, de reparar en la fria y ceremoniosa política con que voy á recibirle.

—Si V. me lo permite, padre mio, me encargaré yo de recibir á M. Gaspar: esto me parece mejor

y más propio de la dignidad de V., la cual se comprometeria en cierto modo, poniéndose frente á frente con semejante hombre: aléjese V. de aquí, por tanto, y deje V. á mi discrecion el cuidado de darle dimisorias.

—Tienes razon, hija mia; yo me conozco bien á mí mismo, y sé que tarda muy poco á subírseme el San Telmo á las gaviás; una palabra imprudente suya, una sonrisa equívoca, un ligero fruncimiento de cejas, una mirada de reojo, cualquiera cosa, en fin, bastaría para sulfurarme y para ponerme en el disparador: vale más, de consiguiente, que yo no lo vea.

Y M. Levrault, que tenia ciertas sospechas de que el vizconde era un espadachin, y que se alegraba por tanto de que su hija se encargase de terminar aquel negocijo, se escurrió por la puerta-vidriera del parque mientras que Gaspar entraba por la del patio. La entrada del vizconde fué una de las más dramáticas que haya inspirado, desde que el mundo es mundo, el extravío de la pasion. Desde la puerta del salon á la butaca donde se hallaba sentada la hija del negociante, pudiera decirse que no habia dado más que un brinco: en seguida, arrojándose á los piés de la señora Levrault, como si su cuerpo no tuviese coyunturas, ó por mejor decir, como si fuese una manta de algodón, cayó sobre sus dos rodillas, y hacien-

do un gesto de desesperacion, que hubiera podido pasar igualmente por un movimiento de estudiado coquetismo, ocultó la cara entre sus manos. Todo esto fué tan prontamente hecho, tan rápido, que no parecia sino que el vizconde se encontraba allí por arte de encantamiento. Laura permaneció inmóvil, y manejando con aire distraido un abanico de china que tenia en la mano, miraba á Gaspar tan indiferentemente, como si fuese un animal doméstico acostado en la alfombrilla que tenia á sus piés.

—¡Ah señorita! exclamó al fin el vizconde con voz apasionada: confieso que la he engañado á V., y que he imaginado y puesto en práctica cuanto era posible hacer é imaginar para alejarla del castillo de la Rochelandier. Astucias, mentiras, artimañas, de todo cuanto ha estado á mi alcance, me he valido para conseguirlo. Abrúmeme V., pues, si gusta con su cólera, però evíteme su desprecio, en gracia siquiera de que eran el amor y los celos mis únicas guías. Niña, cuya vida acaba apenas de empezar, fresco y cristalino arroyuelo en el cual no se ha reflejado aun más que el azul de la mañana, flor de inocencia, de gracia y de belleza, flor virginal, á quien bañan todavía las lágrimas de la aurora, V. no puede ménos de ignorar cuán devoradores son los fuegos que abrasan en mitad del dia, y cuantas tempestades no se desencadenan en

un corazon ya devastado. Hay almas en las cuales el amor no es más que un hilo de agua cristalina, que se desliza suavemente por un tapiz de verdura, al paso que hay otras en las que es un torrente impetuoso que atropella por todo cuanto encuentra delante, y que va abriendo su canal por entre las ruinas. Repito, pues, señorita que la he engañado á V., que he abusado de su credulidad, y que he ido siguiéndola y acechándola por todas partes como un espia. Confieso además que, celoso del aire que V. respiraba, de las brisas que jugueteaban con sus cabellos, y de las rosas que rozaban sus lábios, me he rebajado hasta valerme de la mentira ¡yo! ¡el conde de Montflanquin! Pero ¡ay! todo eso lo hacia únicamente por querer ocultarla á V. con una muralla de cien codos de altura, por guardarla, en fin en mi seno como un avaro guarda su tesoro. Sea V. por tanto, si le place, cruel y despiadada conmigo; pero no me ultraje V.; sirvanme de disculpa mi amor y mis celos.

Al pronunciar estas palabras, interrumpióse Gaspar y alzó los ojos hácia la señorita. Levrault para ver el efecto que producía en ella su perorata, de la cual no estaba, á decir verdad, el bueno del vizconde del todo descontento. Laura continuaba enredando distraida con su abanico, cuyas varillas abría y cerraba repetidas veces, examinando lo fino del trabajo, admirando lo sublime de los colores,

y en actitud de no haber ni oído siquiera las palabras que acababan de dirigirla. Gaspar, por lo tanto, se quedó hecho una pieza.

—Estoy escuchando á V. señor vizconde, díjole al fin la hija de M. Levrault.

Estas pocas palabras fueron dichas con una voz tan suave y tan cariñosa, que creyéndose victorioso nuestro amigo Montflanquin, prosiguió con melancolía:

—Aun cuando todavía soy jóven, hace ya largo tiempo que creía calmadas para mí las borrascas de la pasión. Abrumado por las penas desde la edad de veinte años, habíame despedido ya de todos los risueños fantasmas de la mañana de la vida, y dado al amor un adiós eterno. Solo me restaba ya encerrarme en mi atahud y acostarme en mi tumba, cuando la presencia de V. vino á regenerar á mí ser. ¡Bendición del cielo! ¿Ha descendido V. sobre la tierra para curar los heridos y resucitar los muertos? Al verla á V. sentí que nacía, y, como Lázaro, tendí hácia el empíreo mis brazos resucitados.

—Continúe V., continúe V., dijo Laura á Montflanquin, el cual acababa de despertar su flaca memoria.

—Verla á V. y amarla, todo fué uno. Había jurado á los piés de una moribunda sepultar mi corazón con ella, y por V. me he hecho infiel y perjuro. ¡Ah! ¡Cuál no fué mi espanto cuando me convencí

de que todavía no estaba muerto para todo lo que produce la vida, de que aun era jóven, de que todavía podía amar, y de que amaba en efecto! ¡Oh dulcísima y angelical criatura! ¡Si supiera V. cuántas lágrimas y remordimientos me ha costado! Quería huir de V. y una fuerza irresistible me arrastraba hácia su persona. Todas las noches al separarme de su lado, juraba no volver á verla, y sin embargo volvía á la mañana siguiente, más desgraciado, más ébrio de pasión que la víspera. ¡Ay! ¡asegúrola á V. que he sufrido mucho y que harto he combatido! ¡Tú, Dios mio, que lees en el fondo de los corazones, lo sabes bien! ¡Cuántas veces, al regresar de noche por desiertas sendas al castillo de mis padres, se me ha figurado ver agitarse en la oscuridad el irritado espectro de la señorita de Chanteplure! ¡Cuántas veces he creído oír su voz acusadora al través de los quejidos del viento! ¡Insensato de mí, que no comprendía que en lugar de indignarse por ello su sombra, debía por el contrario regocijarse! ¿No es V., por ventura, un vivo retrato de Fernanda? Al amarla á V., ¿hago acaso otra cosa que proseguir amándola á ella? No, yo no he faltado á la fé jurada, yo no le soy infiel. La señorita de Chanteplure vive, y en este momento me hallo á sus piés: su belleza, es la belleza que contemplo y adoro en este instante, y su mano, la misma que quiere ahora estrechar la mia..... ¡Oh!

querida mía! ¡habíame figurado que habiais muerto, y os vuelvo á encontrar más jóven, más radiante y más hermosa que nunca! ¡Miradme, habládme tan cariñosa como en los días de nuestra felicidad! Pero..... ¡cómo! ¿no me decís nada? ¿Habíais cesado por ventura de amarme? ¿No sois ya mi Fernanda, y yo vuestro Gaspar?

—Señor vizconde, replicó Laura con dulce acento, y desasiendo tranquilamente su mano de entre las del vehemente Montflanquin; mentiría si le dijese á V. que me es indiferente; viva V., por el contrario, firmemente persuadido de que estoy tan lisonjeada como debo estarlo por la abnegacion de un corazon como el suyo. No quiero ocultarle tampoco que esperé un día, y aun no lo considero imposible, que llegaran á unirse nuestros corazones. Confieso á V. además, que me hubiera sido muy grato el llevar su nombre, del cual hubiera usado hasta con orgullo. Pero desgraciadamente estoy viendo, señor de Montflanquin, que V. solo ama en mí á la señorita de Chanteplure, y yo no estoy dispuesta á consentir jamás en ser solo para mi marido un retrato ó un recuerdo.

Y al terminar estas palabras, Laura se alzó de su asiento, y recogiendo sus guantes, su sombrero y la sombrilla que estaban sobre el piano, se retiró sin dirigir siquiera una mirada al vizconde, el cual proseguía arrodillado en el mismo sitio.

Nuestro amigo Gaspar no tenia pelo de tonto, y conoció al vuelo que se hallaba perdido, por lo que ahogando en su pecho un rugido de leon exasperado, se caló el sombrero hasta las cejas y salió de la estancia. Con todo, acordándose, al atravesar el patio, de las benévolas disposiciones en que maese Jolibois habia dejado á M. Levrault, y hallándose tan adherido á los millones del fabricante como un aspid que se resiste á soltar su presa, iba ya á retroceder, cuando una voz estertórea pronunció las siguientes palabras desde una de las ventanas:

—¡German! prepara un carruaje, y haz que enganchen los caballos, porque tenemos que ir al castillo de La Rochelandier.

El vizconde alzó la vista y reconoció en el que habia hablado al fabricante, el cual se hallaba en una de las ventanas del primer piso, acariciándose la barba, envuelto en una bata de cachemira, observando de qué lado venia el viento, y cuidándose muy poco de la triste figura que hacia el pobre Montflanquin en el patio. Gaspar no aguardó á más, y bajando las orejas, se escurrió á lo largo de las tapias, abrió la verja, y se marchó sin estrépito alguno.

¿Qué demonios habrá pasado en la Trelade despues de la partida de maese Jolibois? Tal era la pregunta que iba dirigiéndose Montflanquin, esforzándose en vano por penetrar este misterio.

El buen Gaspar no podía suponer efectivamente que el taimado de Jolibois, quien hasta entonces había sido su compadre, tratase de divertirse á sus espensas. Pero como en resumidas cuentas veía más claro que el agua que los millones de M. Levrault se habían ido con la honda del diablo, que la partida se hallaba enteramente perdida, que no había esperanza alguna de revancha, y el bueno del vizconde no era de estos que se despepitan en amargos lamentos, consolábase con la idea de que podía regresar á París con los cien escudos que Jolibois se había dejado ganar la noche anterior tan cándidamente. ¡París! ¿No era esta gran ciudad por ventura el elemento de Gaspar? ¿no respiraba en ella más á gusto que en ninguna otra parte? ¡A París, pues! La provincia donde se hallaba el castillo de sus antepasados, no era digna de poseer un génio tan sublime. El descendiente de los Baudouin y de los Lusignan consolábase también, por otra parte, con la idea del gesto que pondría Jolibois, cuando llegase á su noticia el desenlace de la aventura, y solo de pensar que aquel acreedor taimado é insolente iba á ser víctima de la farsa, se sonreía con marcado júbilo su excelente alma.

A medida que iba aproximándose al castillo de sus mayores, el vizconde de Montflanquin se echó á la cara tres personajes de equívoco aspecto,

los cuales estaban sentados tan tranquilamente sobre el dintel de la puerta del castillo, como si se hallasen en una taberna. Al pié de la colina donde se elevaban las ruinas de aquel, había una especie de carro de violin, al cual estaba enganchado un caballo breton de mala muerte. Gaspar avanzó sin desconfianza alguna, preguntándose interiormente quiénes podrían ser aquellas extrañas visitas que le estaban aguardando. A su llegada levantáronse los tres á un tiempo, y el ménos desaseado y el más feo de ellos le preguntó cortesmente:

—¿Es el señor vizconde Gaspar de Montflanquin á quien tengo la honra de hablar en este momento?

—El mismo, caballero; ¿qué tenía V. que mandarme?

—El señor vizconde podrá enterarse mejor del objeto de nuestra venida por la siguiente carta.

Gaspar rompió el sello, y acto continuo leyó lo que sigue:

SEÑOR VIZCONDE:

«No quiero abandonar á Clisson y partir para Nantes, sin ofrecer á V. primero una nueva prueba del interés que me inspira. La noche que he pasado bajo el mismo techo que cobijó á sus antepasados ilustres, me ha hecho sentir algunas otras emociones, además de las que produce el juego. Los siniestros rumores que me impidieron durante toda ella cerrar los ojos, me hacen temblar asimismo

por la seguridad de V., que veo muy comprometida. Y como yo, ni debo, ni puedo, ni quiero sufrir que el último heredero de una ilustre familia se halle expuesto á que los muros de su castillo se desplomen el dia ménos pensado sobre su cabeza, espero que me agradecerá V., señor vizconde, que ponga á su disposicion un alojamiento, en el cual puede V. dormir tranquilo, aun cuando oiga usted silbar los vientos del equinocio.

»Tengo el honor, señor vizconde, de renovar á V. el ofrecimiento y la seguridad de las consideraciones que le son debidas.—JOLIBOIS.»

—Pero ¿qué significa esto? preguntó Gaspar, estremeciéndose como un ciervo al oír el sonido de la corneta y los aullidos de la trahilla.

—Señor vizconde, replicó el alguacil (¡ay! lo era y de los más impertérritos) sacando de su mugriento bolsillo un legajo de papeles, sellados con el de un tribunal; véome en el duro trance de decirle que estoy encargado por maese Jolibois de ejecutar el juicio, en virtud del cual se le condena á V. al reembolso de unos maravedises, que es en deberle, bajo la pena de ser aprehendido y encarcelado en los términos que previene la ley. Con que, vamos claros, ¿se halla V. en disposicion de entregarme 150.000 francos y 75 céntimos, que es el total de la suma que se le reclama, incluyendo en ella capital, intereses y costas?

—¡Ah, traidor Jolibois! ¡ah pérfido! ¡ah verdugo! murmuró Gaspar estrujando entre sus dedos la carta del abominable notario.

Luego, volviéndose á su *groom*, que estaba presenciando esta escena con inquieta curiosidad, Galaor, le dijo negligentemente, ¿tenemos 150.000 francos en la casa?

—Voy á verlo, señor vizconde, repuso aquel modelo de servidores.

Montflanquin tuvo por un instante la idea de huir ó de resistirse; pero examinando atentamente á los dos lebreles que le custodiaban, y que no le perdian de vista, el infeliz comprendió que la resignacion era el único partido que le quedaba.

De allí á pocos instantes volvió Galaor, diciendo: —Señor vizconde, únicamente faltan algunos miles de escudos.

—Adios, hijo mio, adios, pásalo bien hasta tanto que mejoren los tiempos, dijo Gaspar con melancolía: te dejo confiada la custodia del castillo de mis padres.

Un cuarto de hora despues, la carreta de mimbre iba conduciendo hácia Nantes al último retoño de una raza distinguida, entre dos corchetes y un receptor; mientras que Galaor se desgañitaba á gritar desde el dintel de la puerta como Sganarelle:

¡Mis soldados! ¡mis soldados! ¡mis soldados!